

## EL ARTE Y SU COMPLEJO MUNDO

JESÚS MARTÍNEZ-FALERO

Teniendo en cuenta el carácter multidisciplinar de nuestra Academia, estimo que el título que he elegido «El Arte y su complejo mundo», será de interés para todos los Académicos, ya que el arte es un vector de la cultura y de la historia, que nos produce especial motivación.

Un tema específico de mi Sección, no sería tan adecuado, aunque como se verá a lo largo de la disertación, habrá matices que ponen de manifiesto la relación que existe del Arte con la Medicina, ¡cómo no!

La cabellera blanca que cubre mi cabeza es una metáfora que me iluminará para transmitir con claridad los conceptos que les quiero expresar.

El arte es un misterio que nos rodea y nos invade de manera profunda. El pintor lleva al lienzo la forma y los colores. El escultor labra y modela la piedra. El músico pone en el pentagrama su estado emocional. El escritor traslada a las cuartillas el mundo vivencial. Los artistas creadores usan el lenguaje universal de la emoción.

Ante la capacidad creativa de estos artistas, nos sentimos turbados al contemplar cómo la ilusión la hacen realidad, a veces mucho más atractiva que la de su entorno y así la pintura que cubre la tela, en ocasiones es sólo una ligera capa de color y pese a eso, el pintor muestra la profundidad de un paisaje o el perfil psicológico de una persona. También la piedra que cincela el escultor cobra vida en sus manos, vibra, se transforma y muestra la anatomía viviente de la figura esculpida. La partitura del músico transmite con lirismo lo que siente, el escritor recrea la vida misma, y es que el artista, con su libertad, se expresa sin dejarse atrapar por los convencionalismos del mundo que plasma en su obra, moviéndose con su imaginación que no se limita.

El artista inventa nuevos mundos, que a veces no se parecen en nada a los existentes; es un hombre libre, tal vez, el único ser completamente libre en el mundo tan atribulado y con tantos condicionamientos como es el actual.

La subjetividad es una condición esencial del artista creador y esto se refleja bien en la siguiente anécdota: dos albañiles trabajaban en reconstruir una iglesia antigua. Al preguntarles alguien que contemplaba su tarea, qué es lo que hacían, uno respondió: estoy poniendo ladrillos en una iglesia vieja. El otro afirmó, estoy trabajando para reconstruir esta catedral. A continuación iremos definiendo características de diferentes artes.

El artista pintor es un visionario que tiene una capacidad de penetración superior a otros hombres. A veces la emoción puede frenar el poder creador mientras que otras lo aumentan.

Comenta Agustín Úbeda, excelso pintor, en su Discurso de contestación a la doctora Rosa María Garcerán: «El oficio de pintor es un oficio muy parecido al de estar enamorado». Agustín se refiere así al amor permanente, porque también se dice que el enamoramiento súbito puede ser un estado de enajenación mental transitorio. Agustín nos dice que él está enamorado siempre que toma los pinceles.

En las sociedades primitivas, a este vate, se le llegaba a tener separado del resto de la tribu, apartándolo en un aislamiento que le resultaba placentero.

Dejando esto al margen, hay que considerar que las obras del pintor pertenecen a su tiempo y lugar; son como criaturas vivas, con sus mismos hábitos, que no quieren ser desarraigadas de su ambiente, que prefieren encontrarse entre los suyos.

Un cuadro de Tiziano iluminado con la luz azul dorada de Venecia tiene más vitalidad que cuando se contempla en otro lugar del mundo.

Un cuadro de Goya visto en el Museo del Prado nos transporta a la época de Fernando VII, a la Guerra de la Independencia, con más vigor que cuando se mira en el Japón.

El hombre aficionado a la pintura, el coleccionista actual, desea poseer y contemplar obras en las que se vean reflejadas las virtudes artísticas del pintor y hace desfilar como en una película, las imágenes, en orden histórico, de cuadros representativos de pintores inmortales: Velázquez, Zurbarán, Murillo, Rubens, Rembrant, Tiziano, Tintoretto, Miguel Ángel, Leonardo, Rafael, Cezanne, Renoir, Van Gogh, Picasso, Dalí, Juan Gris, Miró... ¡Vaya nómina para el recuerdo!

Al contemplarlos, comprueba que todos los cuadros hablen con el mismo lenguaje, sin ningún sonido discordante, dentro de un ambiente que lo preside la belleza de la obra artística y que como decía William Blake, célebre pintor y poeta inglés del siglo XVIII, de mente imaginativa y original: «en el arte el simple entusiasmo es el todo».

Hay que contemplar la pintura con ilusión.

Es posible que cuando nos extasiamos ante nuestros cuadros, con el interés que ponemos siempre frente a una obra de arte, pensemos si existirían manifestaciones artísticas en otros mundos distintos al nuestro. En este sentido, la imaginación desborda todas las posibilidades. Hay pintores actuales que parece que con sus obras quisieran expresar el arte de mundos futuros, pero siempre tratando de precisar su criterio. Y es que el mundo del arte se sustenta en unos cimientos incommovibles, que nunca serán destruidos.

Desde las pinturas rupestres, hasta las realizaciones de nuestros artistas actuales, mantienen unas líneas que cada pintor defiende, aunque se apoye en las dejadas por sus antecesores y que nunca se verán truncadas.

El arte es un misterio, como decíamos al comienzo, pero que se renueva constantemente, resplandece como el sol y es un bálsamo protector, que nos permite soportar los avatares que nos depara el inconformismo.

No queremos dejar sin comentar los criterios que Ortega, el gran filósofo, vierte en su ensayo *La deshumanización del Arte*, obras completas, tomo III, fundamentalmente lo relacionado con el arte nuevo: nos dice: «todo el arte joven es impopular en virtud de su destino esencial ... El arte nuevo tiene a la masa en contra suya, es impopular, más aún es antipopular», nos dice Ortega que: «a su juicio, lo característico del arte nuevo, desde el punto de vista sociológico, es que divide al público en dos clases: los que lo entienden y los que no lo entienden... con lo que nos quiere venir a decir “que el arte nuevo no es para todo el mundo, como lo es el romántico, sino que va dirigido a una minoría especialmente dotada, por eso irrita a la masa”».

Nosotros pensamos si no es esto lo que ocurre cuando se enjuicia la pintura de Picasso, por ejemplo, y en este orden de cosas sigue opinando Ortega cuando dice: «que el arte nuevo no es inteligible para todo el mundo, sino aquellos que quieren ver en la pintura cuadros donde encuentre hombres y mujeres, con quienes en algún sentido resulte interesante vivir». Culmina Ortega su ensayo sobre el Arte y nos dice: «Es muy fácil gritar que el arte es siempre posible dentro de la tradición».

En este sentido, también opina Eugenio D’Ors: «En el arte lo que no es tradición es plagio».

Después de estas consideraciones filosóficas, continuamos con nuestro discurso.

Todos nos beneficiamos con el regalo que supone para el espíritu, ver obras de arte. ¿Qué le puede ocurrir al espectador que contempla la creación artística? Para contestar a esta pregunta, aquí ya interviene la Medicina, es conveniente comentar el denominado «Síndrome de Stendhal», que lo definimos como situación anímica que se produce al observar obras de belleza impresionante: pintura, escultura, arquitectura, fundamentalmente en corto espacio de tiempo y acumuladas en una ciudad.

Este cuadro está descrito por Stendhal, en su libro de viajes *Roma, Nápoles y Florencia*, publicado en 1917.

Stendhal, cuyo verdadero nombre era Henri Beyle, todos sabemos que fue un escritor francés de finales del siglo XVIII y primera mitad del XIX.

El autor de *Rojo y negro* y *La cartuja de Parma*, obras maestras de la literatura universal, era un escritor rebelde, inadaptado, mezcla de paradoja y enigma. Por lo que después diremos, no podía ser otro, el que por primera vez describiera el cuadro, del que nos vamos a ocupar.

Los expertos que lo han estudiado después coinciden en que se produce en personas que contemplan la extraordinaria belleza artística, acumulada en una ciudad, como Florencia o Roma, en poco tiempo y ávidas del arte.

Suelen ser turistas de mediana edad, en mayor proporción mujeres, que viajan solas, procedentes de ciudades tranquilas, de vida ordenada, monótona y sin grandes

estímulos artísticos, que después de una serie de visitas sucesivas a bellos recintos arquitectónicos, repletos de pintura y escultura, son víctimas de un estado de ánimo que se manifiesta en un cuadro clínico, que tiene algunas variantes en cada caso, pero que generalmente se presenta con angustia, confusión, excitación, temblor, palpitaciones en el corazón, sudoración, zumbido de oídos; todo de aparición súbita y que fácilmente podemos apreciar que tiene un evidente sustrato vegetativo.

Nosotros creemos que para que se produzca este síndrome, tienen que coincidir en la persona las siguientes características:

- Gran sensibilidad receptiva.
- Avidez y hambre de contemplar belleza artística.
- Encuentro de esta situación estética, concentrada en espacio y tiempo.
- Predisposición anímica, proporcionada por viaje de placer y turismo.

El autor de *Royo y Negro*, cuando describe este cuadro que después fue denominado «Síndrome de Stendhal», viendo la cúpula de Santa María del Fiore, en Florencia, dice: «los recuerdos se agolpan en mi corazón, no me sentía en condiciones de razonar y me abandonaba a la locura, como cuando se está al lado de la mujer que se ama».

Tengamos en cuenta que Stendhal es un admirador romántico de la pasión, como deja bien patente en sus obras, y esto le valió, para ser un precursor de la moderna psicología, al describir este síndrome.

Psicólogos y psiquiatras estiman que además de los aspectos psicológicos apuntados, también puede influir en la aparición del síndrome, la fatiga por el viaje turístico, casi siempre rápido y ajetreado, que produce cansancio muscular y acúmulo de toxinas, como el ácido láctico y pérdida de electrolitos y agua, por sudoración, que sumados a cambios de la dieta y costumbres alimenticias, lógicas en los desplazamientos, son circunstancias que afecten al sistema nervioso.

Yo les puedo decir a ustedes que contemplando la pintura de Miguel Ángel, en la Capilla Sixtina, pude apreciar, hace años, a una mujer de mediana edad, esbelta, rubia y grácil, posiblemente de un país del norte de Europa que, sentada en un banco de los laterales del recinto, estaba padeciendo este síndrome, por la sintomatología que evidenciaba. Por mi condición de médico, me limité a comprobar que no era por patología orgánica, a través de unas breves preguntas y comentarios sobre la situación de ese momento.

Penetremos ahora en el mundo psicológico del artista que como hombre dedicado al cultivo de las Bellas Artes, está inmerso en un ambiente que tiene unas características peculiares que inciden en el contexto de su ser y a lo largo del tiempo le van a imprimir un sello en su personalidad y a proporcionarle una entidad psicológica y una categoría humana que merecen prestarle atención.

Vamos a comentar estos aspectos, si no en todos sus gradientes, sí al menos en sus escalas más importantes.

Es obvio decir que muchos de los rasgos psicológicos que vamos a analizar son comunes a todos los artistas, como después comentaremos; comenzaremos por el pintor, el artista plástico, que tiene sus peculiaridades al realizarse en el arte de la pintura.

¿Qué es el arte desde la órbita de la pintura clásica?

Sería la creación de obras bellas, estéticas, casi siempre provistas de forma y esmaltadas por el color. Podríamos decir, para ampliar este concepto, que el arte de la Pintura, si ha de ser coherente, tendrá que estar apoyado en estos pilares esenciales: el sentido cromático, con la dosificación que sólo el artista puede dominar. La composición figurativa, que puede ser el soporte de la temática que el pintor quiere expresar. El equilibrio y la euritmia que tiene que presidir la obra pictórica y, finalmente, el estilo personal, exponente de su capacidad creadora.

Sólo así puede resultar una obra bella. Pero también es cierto que el pintor, en artista, caminará después por múltiples senderos, dentro del amplio marco de pintura, para expresar con su personal sentir y modo de hacer, su contenido artístico, que desde su mente, pasando por su paleta va a reflejar en el lienzo. Hay muchos pintores que crean con el pensamiento, además de lo que ven sus ojos, Picasso. Es aquí, donde la configuración psicológica, cultural, humana y vivencial van a influir en la proyección, casi siempre distinta de cada pintor.

El denominador de la obra puede ser diferente: la ternura, el patetismo, el vigor de la figura, la composición cromática, el sentido real o abstracto, pero siempre con una categoría estética que la eleva a la cima sublime del arte.

El pintor, y el artista en general, para crear necesita de un entorno que no es el mismo en todos los casos. Unas veces será rico, voluptuoso, cómodo, confortable, pero creemos que las más no necesita de este hedonismo, sino más bien lo contrario. Se rodea de cosas entrañables y de valor estético, eso sí, pero el ambiente casi siempre es austero, íntimo, solitario y muy variado al que le imprime características muy definidas.

Vamos a comentar ejemplos de algunos escritores universales, fundamentalmente los novelistas, en los que su entorno influyó en la creación de sus obras.

Tenemos que admitir que toda obra literaria que implique creación exige al autor una postura muy definida ante la vida. Se ha dicho que un escritor con componentes satisfactorios en su vida, no escribiría novelas; es como si este género literario fuera exponente de malestar humano. Dice Wenceslao Fernández Flórez: «el día que el mundo sea perfecto y exista conformidad entre los deseos y los sucesos, nadie leerá novelas y por supuesto, nadie las escribiría».

Pero nosotros pensamos que hasta que esto ocurra, la novela ha sido y es importante en sociología y hay ejemplos de escritores universales que lo corroboran. Veamos algunos ejemplos que pueden ser referentes:

- **Balzac** puso a flote la sociedad francesa del siglo XIX, es el historiador de su tiempo. Él vive y viste como la aristocracia que describe con deleite y pretende situarse a su altura, con igual abolengo.

- **Dickens** hizo cambiar la justicia social en Inglaterra, respondiendo a las circunstancias ambientales que imperan en su época después del dominio del imperio de Napoleón. Los personajes de sus novelas no ambicionan poder o dinero, buscan la vida sencilla de buenas costumbres, de ayuda al desgraciado y con especial atención a los niños poco protegidos.
- **Dostoiewski** es un arquetipo de cómo influye el ambiente en la personalidad de un escritor y en los personajes de obra literaria. Su vida de pobreza, de infortunio y de enfermedad —la epilepsia marcó su existencia— le hace plasmar en sus novelas, historias de libertinaje, juego, pasiones sociales y demás miserias humanas.
- **Baroja**, hombre descontento, inconformista, creó en su obra literaria un mundo a su manera, como él desearía que fuera; pone de relieve ideas positivas y concretas; crea los personajes y los destruye para que no tengan continuidad. Los tipos de sus novelas, que los dibuja tristes, son como el espejo de su propia melancolía. Cuando recrea amores felices es para compensar los que él no tuvo, por eso, con frecuencia, aparecen insatisfechos. Baroja da la impresión de ser un hombre terrible, pero en su persona existía bondad y ternura.

Después de estas consideraciones ejemplares, vamos a entrar en un tema muy debatido: el medio económico del artista creativo y la inspiración. Hay de todo, unos realizan su genial obra en la indigencia; otros en la vida holgada.

Creemos que el artista se puede desarrollar en cualquier medio, sin que le influya la miseria o la opulencia.

Si pasamos revista a los genios de las Artes, encontramos ejemplos que están instalados en uno u otro extremo. Meditando sobre esta cuestión, podemos apreciar que en las épocas de positivo desarrollo económico de un país, parece que disminuye el número de jóvenes que despuntan en el Arte, como si el dinero de fácil adquisición, derive la inquietud de la juventud hacia actividades más prosaicas.

De cualquier forma, no es prudente generalizar en este orden. La sensibilidad de cada artista, requiere un medio para la creación que desde hace mucho tiempo se identifica con la llamada inspiración, que las más de las veces se atribuía a una musa, real o figurada, pero sublimada por el ensueño.

Dice Delibes, escritor de gran arte, que antes, un poeta sin musa llegó a ser tan inconcebible como un cazador sin perro. El símil está hecho por un literato que a la vez es un entusiasta de la caza.

Para que esto ocurriera, dice Delibes, había poetas que en vez de crear versos a golpe de musa, creaban la musa a fuerza de versos, es decir, la inventaban.

Un poema, casi siempre es un acierto artístico que responde a estados emocionales de ardorosa pasión o sufrido desengaño; pero esto no se puede trasladar a todas las esferas del Arte, y uno se resiste a interpretar que el palpito creativo que necesitó Cervantes para escribir *El Quijote* o Velázquez para pintar *Las Meninas* o Beethoven para hacer una sinfonía, fuera producto de un chispazo, dictado por una musa y menos por una contrariedad amorosa.

En la creación de las obras de arte, intervienen, además, otros factores. Miguel Delibes, antes aludido, tiene unos criterios sobre la inspiración, que creemos muy oportunos para comentarlos en este momento.

Nos dice el escritor, que para él, la inspiración consiste en haber dormido bien. Yo pienso que esto es un aspecto que tiene singular relieve: para que la mente humana esté propicia a realizar una labor de creación, tiene que estar distendida, relajada por el descanso que se obtiene con el sueño tranquilo.

También es conocida la frase que una obra de creación tiene un cinco por ciento de inspiración y un noventa y cinco de trabajo meditado.

Abundando en este concepto, García Lorca, genial poeta, decía que a él la inspiración le sorprendía cuando estaba trabajando, lo que es equivalente a decir que es el trabajo ordenado el que llama a la inspiración y no al revés, como cree el que admira las obras de arte.

Picasso mantiene esta teoría cuando dice que él no cree en la inspiración, pero que si algún día le venía, le pillaba siempre trabajando en un lienzo.

Veamos algunos aspectos del Arte musical. Mariano Pérez Gutiérrez, profesor de Historia y Estética de la Música, ya desaparecido, nos dice: «el músico, ante un fenómeno de la naturaleza, experimenta una vivencia intensa que conmueve su vida afectiva y exalta su fantasía y su inspiración, que no es fruto del raciocinio ni de la voluntad, sino de la exquisita sensibilidad».

El mundo psicológico en que surge la inspiración musical es muy variado, pero siempre será la representación de un mundo concebido por su fantasía creadora y se puede explicar con el siguiente ejemplo: muchos músicos habrán contemplado escenas en el campo, como las que vio Beethoven en Viena, pero fue su genio creador el que llevó a la partitura el impresionante mundo bucólico con que nos deleita en la Sexta Sinfonía.

Analicemos algunos rasgos psicológicos del artista en general, aunque hay individualidades. Con frecuencia su persona tiene un halo de misterio y aislamiento y muchas veces dentro de un ámbito que se puede juzgar como extravagante. Su horario es anárquico, no tiene programas rígidos, le gusta la bohemia y en ocasiones se entrega a la licencia y a la pereza. Dice Azorín: «el ocio es la mejor levadura para la creación de una obra de arte».

Hay que convenir que la labor creadora del artista no está condicionada a ninguna disciplina, nada más que la que se impone él mismo. Esta singular conducta, lo diferencia del hombre de acción o del científico, que tiene que guardar un orden y un método en su trabajo para que resulte eficaz.

¿Es el artista superior al científico o viceversa? Probablemente el hombre de la calle dará más importancia al científico.

Con su mentalidad pragmática, piensa que tiene más interés un Laboratorio de investigaciones bioquímicas o un Instituto de Especialidades Médicas que el estudio

de un pintor, el gabinete de trabajo de un escritor, la mesa con las partituras de un músico o el taller de un escultor.

Para este hombre medio, materialista, vale más una patente industrial que un poema, un cuadro, una sinfonía o una escultura. Su vida instalada en un mundo de consumo, el disfrute del automóvil, el avión, los electrodomésticos, los medicamentos, la radio, la televisión, los ordenadores, internet, son elementos que se los proporciona el científico, no el artista creador. Cuando piensa así, está enfocando el problema desde un punto de vista interesado. Pero puede cambiar de opinión si medita que la arquitectura es también arte, y el diseño de los muebles, de las prendas de vestir, la línea aerodinámica de un automóvil o un avión; como también es Arte la Medicina, lo decimos los médicos: el arte de establecer la relación médico-enfermo; arte de preguntar, empleando la palabra; arte de explorar usando los sentidos; arte de hacer un informe clínico usando el cerebro; y el arte del cirujano que posee: vista de lince, para el dominio del problema; corazón de león con valor para realizar el acto quirúrgico y manos suaves como la gacela para con ellas hacer movimientos delicados en las finas maniobras que requieren las técnicas quirúrgicas.

En buena lógica debemos admitir que los mecanismos creadores son comunes en el artista y en el científico.

El estudio psicológico de las condiciones en que desarrolla su labor un científico y un artista, pone de manifiesto que hay una conexión profunda entre la ciencia y el arte. Recordemos la importancia que tuvo el cálculo matemático en la construcción de una de las más bellas obras arquitectónicas de la antigua Grecia, el Partenón, o de las pirámides de Egipto, y en general en el establecimiento de los cánones y de los modelos de estética.

El hombre del Renacimiento busca la belleza a través de su pensamiento científico, ejemplo sublime: Leonardo da Vinci. Hasta el perfil biosomático a veces puede ser paralelo. Comparemos la cabeza con melena alborotada de Einstein, científico genuino, con el busto de Wagner, genial músico.

Pero volvamos a la línea de nuestra consideración. El estado anímico es fundamental en la obra del artista.

Las condiciones aparentemente negativas de la vida emocional de un hombre, que pueden mermar y anular, aunque sea temporalmente su actividad, en general en el artista, son atributos que agrandan y magnifican su capacidad creadora que a veces les lleva a las cotas más altas de su producción artística: ejemplos muy claros: Chopin, Beethoven y Goya. Generalmente el artista se alinea en los dos polos: el mártir o el triunfador.

Al llegar el éxito, matiza su psicología; por ejemplo, el pintor, el escultor, cuando es artista verdadero nunca se encuentra totalmente satisfecho de su obra. Como hombre, es consciente que la capacidad creadora también tiene sus limitaciones; es por esto que el pintor siente un profundo respeto por el arte ajeno y se maravilla ante las obras de otras manifestaciones artísticas. Cuando admira al escritor, piensa que la pintura es la poesía sin palabras. Al oír al músico, supone que su pintura es una sinfonía; pero siempre con sentido reverencial, por lo que ambas manifestaciones tienen de elemento potencial estético.



El estilo del pintor, que lo plasma en su obra, es un aspecto que está muy relacionado con la psicología del artista, aunque en ocasiones, casi siempre de manera circunstancial, el pintor puede militar en uno o en otro estilo. Apuntaremos aquí las líneas generales en el estudio de los estilos.

La interpretación del arte griego, a través de las ideas de Nietzsche, nos valen para distinguir dos parámetros; el apolíneo y el dionisiaco, correspondientes a los dioses griegos Apolo y Dionysos.

El estilo apolíneo simboliza la serenidad, la claridad, la medida, el equilibrio y está dominado por una gran dosis de racionalismo.

El estilo dionisiaco se caracteriza por lo impulsivo, desbordante, erótico, excesivo. Tiene como denominador la orgía en su culminación.

Sobre estos patrones puede tejer y plasmar el artista dos estilos de la pintura, que son diferentes. Naturalmente que los rasgos psicológicos y emocionales que dominan en cada persona le inclinarán al cultivo preferente de uno o de otro.

Eugenio D'Ors también considera dos estilos bien definidos en el arte: el clásico y el barroco.

El arte clásico está dominado por elaboraciones espirituales basadas en la unidad del universo.

El arte barroco se fija en los fenómenos de la naturaleza en todo su pluralismo para captarlos preferentemente por la retina.

Pero el pintor salta a veces por encima de estos esquemas sobre el estilo y su genialidad artística le hace desviarse de estos patrones. Picasso y Dalí crean con el pensamiento, además de lo que ven con los ojos.

Veamos lo relativo a los estilos en el arte de la música, que hay que considerar como una caja de resonancia del desarrollo histórico cultural a través del tiempo.

En lo que se refiere a la Iglesia, es claro que gracias a su influjo, se conservó el arte musical hasta el Renacimiento y seguirá influyendo después en el Barroco. Muchos músicos estaban al servicio de la Iglesia para componer sus obras.

El estilo musical puede no estar confinado a un determinado tiempo y lugar, sino que se le denomina por el período histórico que tuvo mayor apogeo y desarrollo.

Salazar, conocido musicólogo, reduce los estilos musicales sólo a tres: gótico, barroco y romántico. El renacentista y el clásico serían la prolongación o la culminación de alguno de los estilos precedentes.

En la práctica puede ser válida la siguiente apreciación: música clásica sería la música anterior a nuestra época y que está consagrada históricamente. Música culta y seria, aquella contrapuesta a la música ligera. Yo me permitiría añadir otra clasificación muy simplista: música buena y música mala, considerando su valor intrínseco musical.

En cualquier caso, se puede considerar el arte y la cultura como consecuencia y trasunto del estado psicoemocional que vive el hombre en la realidad de cada momento histórico. La cultura, sensibilidad y preparación de un colectivo se mide por el conocimiento que tenga del arte, sobre todo del arte antiguo.

El arte es el hábitat natural del hombre; es el entorno que gratifica su sensibilidad, que tiene un mensaje. Decía Beethoven: «el que comprenda mi música quedará libre de todas las miserias que los demás hombres arrastran consigo».

El arte tiene además una constante histórica: la perdurabilidad, la duración eterna. Dice Álvarez del Villar en un poema, al contemplar la estatua de Antinoo en el museo de Delfos: «¡Visitante! Detén tu marcha efímera. Piensa que la belleza dura más que el amor, que sólo el arte logra sobrevivir día tras día».

¡Qué podemos decir nosotros al escuchar el adagio de la novena Sinfonía de Beethoven!

Pues que la belleza dura tanto como el amor, porque arte y amor han de caminar juntos. Si esto se logra, conseguiremos sensibilizar y equilibrar a la sociedad actualmente que tan necesitada está de amor, belleza, paz y tranquilidad.